

1)

Frunce el ceño y se inclina hacia mí.  
Se cruza de brazos y me mira la boca,  
tratando de encontrar algo entre mis labios.

Se rasca la cabeza y luego la barbilla.  
Abre bien los ojos y se detiene,  
esperando una indicación por mi parte.

Vacila y sus dudas lo desorientan.  
Escucha atentamente mi silencio,  
buscando en él el sentido.

Se distancia y se encuentra perdido.  
Se ha desvanecido su punto de referencia,  
porque ahora el camino se bifurca en mí.

2)

Posa la mano sobre la mesa.  
Extiendo mi brazo para acariciarlo.  
Me nota a través del tacto de su piel.  
Yo también lo noto través del tacto de la mía.

Detiene mi mano cogiendo mi brazo.  
Siento la presión en mi cuerpo,  
pero no en todo él, sólo en una parte.  
Sólo en la superficie que cubre con su mano.

Acaba de darse cuenta de dónde termina.  
Acabo de sentir dónde empiezo.  
Entramos en contacto y nos encontramos separados.  
Estamos alejados de los demás. Encerrados en nosotros mismos.

Me mira como se observa a un extraño,  
como algo que existe de manera ajena.  
Siente su soledad y se agarra a mi brazo,  
tratando de no desprenderse de mí.

3)

Vino pensando que encontraría algo aquí.  
Algo que supuestamente no tenía allí.  
Vino pensando que no habría nada aquí, de allí.  
Y encontró que tampoco hay nada de él, aquí.

“Nunca te acostumbras” -dice-.  
“Nunca te acostumbras a no reconocerte en los demás”.  
Nadie le ha reconocido, aquí, la imagen que el tiene de sí.

Nadie le ha reconocido, la imagen que él mismo tiene de sí.

La opinión que tenían de él, allí, ya no existe, aquí.  
No existe, aquí, lo que él creía que era, allí.  
Los otros, aquí, han descubierto algo nuevo en él,  
algo que él aún no reconoce de sí.

Ha perdido el sentido de sí mismo y le invade la inseguridad.  
Se enfrenta a la incertidumbre y ahora está desesperado.  
Y yo, como yo soy de allí, me pide que le mire.  
Busca un reflejo de sí mismo, a través de mí.

4)

Compré un libro que ya había leído.  
Ya lo había leído muchas veces, pero lo compré para prestárselo a él.  
Pensé que podría necesitarlo porque cuando le escuchaba hablar,  
oía mis palabras en su boca.

Movía los labios pero sonaba mi voz.  
Podía escucharme a través de él.  
Me escuchaba a mí, y yo, si fuera él,  
lo habría necesitado.

Yo, siendo él, lo habría necesitado,  
así que, sin darme cuenta,  
había comprado el libro para mí, pero se lo había dado a él.  
Yo, a través de él, lo estaba necesitando.

Me veía a mí escribiendo ese libro.  
Un libro que podría contar su historia, que podría ser la mía.  
Podría ser, de hecho, la historia de cualquiera.  
Pero no indistintamente de uno o de otro, sino de todos a la vez.

5)

Estoy sola en mi habitación y tú sigues aquí.  
Acabo de encontrarte en mi melena  
porque he descubierto, en ella,  
un pelo demasiado largo para ser mío.

Te pertenece a ti, pero lo encuentro en mí.  
Así que lo desenredo para separarte.  
Tengo tu pelo en la mano.  
Aprieto mi puño para retenerte conmigo.

“Eso es asqueroso” -Dices en mi cabeza-  
Oigo mi voz pero son tus palabras.  
Estás aquí, en mi mano, y también bajo mi piel.  
Hablas dentro de mí y resuena con mi tono.

Escribiste el discurso de mi voz interior,  
y te manifiestas para juzgar mis pensamientos.  
Me aferro a la imagen que tenías de mí,  
tratando de sostenerla con tu guía.